

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

AÑO IV

MADRID, 31 DE OCTUBRE DE 1909

NÚMERO 96



EL BUEN EJEMPLO

El calor era insufrible, faltaba aire para respirar, y el sol, dando de plano en el automóvil, lo había caldeado de tal manera, que materialmente quemaba. Una señora, envuelta en amplio guardapolvos y cubierta con una gasa oscura, estaba recostada indolentemente en un ángulo del coche, sin darse cuenta del calor ni de la causa que había interrumpido su viaje. Si la gasa no hubiese ocultado su cara, por cierto muy bonita, todos hubieran notado la descomposición de su

Ayuntamiento de Madrid

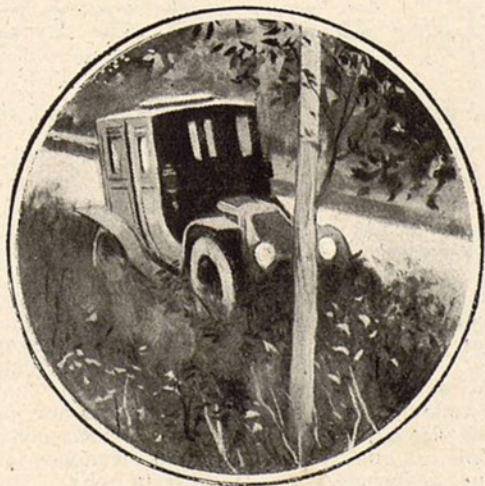
fisonomía; una palidez extrema y el brillo de sus ojos, rodeados de un círculo azulado, revelaban la fiebre que la consumía. A veces se transparentaba en su mirada una tristeza grande y amarga; pero otras reconcentraba la vista en un punto visible sólo para ella, fruncía el entrecejo, se mordía los labios, apretaba nerviosamente el saquito que tenía en la mano y... la tempestad próxima á estallar que agitaba su alma se desvanecía con una sonrisa de profunda desilusión. Una doncella de alguna edad, colorada y gorda, levantó la cortinilla y dijo: "Si la señora quiere, podríamos ir á la caseta de un peón caminero que está ahí cerca, y la señora descansaría sin tanto calor; dice Ramón que no podrá andar el coche lo menos en dos horas." "Vamos donde quieras", repuso la señora, sin preguntar si la avería del automóvil tenía ó no importancia. Cruzando unos sembrados llegaron á la caseta, en cuya puerta estaba sentado su dueño, resguardado del sol por una frondosa parra. En aquel momento se ocupaba Juan Antonio en partir pan para hacer la sopa. Al ver llegar á las viajeras, dejó en el suelo la cazuela que tenía entre las rodillas y, quitándose la gorra, se puso precipitadamente de pie, preguntando en qué podía servirles. La doncella le explicó lo ocurrido, pidiéndole permiso para sentarse bajo la sombra de su parra. "Con mil amores", repuso Juan Antonio sacando dos sillas; pero la señora, que en una rápida mirada había visto en el interior de la casilla una cuna con una niña, dijo: "Prefiero sentarme dentro, y le agradeceré que me dé un vaso de agua." Juan Antonio sacó de un armario de pino una copa de cristal que guardaba para las grandes ocasiones, y después de limpiarla la llenó de agua fresca que tenía en un cántaro cubierto con un paño blanco y se la presentó sobre un plato. Mientras tanto, la señora se acercó á la cuna donde dormía un angelito rubio y blanco que era una monada, y preguntó: "¿Su mujer trabaja fuera de casa?" "Está en Madrid, señora." "¿Quizá enferma?" "No, señora, quizá fuera eso mejor. Era joven, tenía mucho humo en la cabeza, no quería vivir aquí porque se aburría, y se marchó á servir en una gran casa, dejándonos solos." Con el revés de la mano se limpió los ojos, y la señora, arrepentida de haber evocado recuerdos dolorosos, le suplicó que fuese á enterarse de lo que hacía el *chauffeur* para cortar la conversación. Juan Antonio se apresuró á complacerla, y entonces ella, aprovechando unos minutos de soledad, se aproximó á la niña y apoyando los codos sobre las rodillas y con la cara entre las manos, dejó volar libremente su imaginación. Pensó en el palacio que acababa de dejar, donde su hijo, casi de la misma edad de aquella pequeña, estaba al cuidado de una inglesa severa y fría y de un padre indiferente que había olvidado sus deberes, convirtiendo un hogar que debía ser el paraíso en un infierno tan insoportable para ella que la impulsaba á refugiarse en el campo, huyendo de su marido. Comparó su suerte con la del peón, y vió que la desgracia persigue lo mismo al grande que al chico, al opulento como al pobre.

Juan Antonio cortó estas reflexiones diciendo que el automóvil

estaba listo para continuar el viaje. La señora suspiró; le daba pena separarse de la niña, y pensando satisfacer sus deseos y hacer una buena obra, se le ocurrió decir: “¿Quiere usted que yo me lleve á su pequeña? La cuidaré y me ocuparé de su educación, y cuando sea una mujercita se la devolveré para que le sea útil, y ahora se queda usted más libre para trabajar.”

“Gracias, señora, muchas gracias; pero nunca consentiré en separarme de Rosita; quiero que piense como yo, para que el día de mañana no sea como su madre. A mi lado aprenderá á trabajar y á ser buena cristiana.” La viajera inclinó la cabeza, estrechó la mano de Juan Antonio, besó á su hija y, bajando la gasa de su sombrero, salió precipitadamente de la casilla del peón seguida de la doncella. Se metió en el coche, y con voz entrecortada por las lágrimas, dijo: “A Madrid, á casa.” Esta vez no se recostó indolentemente sin darse cuenta de lo que la rodeaba; al contrario, estaba impaciente y alegre; las nubes se habían disipado y el sol brillaba otra vez para ella. Volvía al lado de su hijo, á formarle el corazón para que fuese un perfecto cristiano y á educarle, inculcando en su alma los sentimientos elevados y la idea del deber, tan necesarios para soportar sin sucumbir las continuas luchas de esta vida. Volvía con el firme propósito de hacer de aquel ángel un hombre que no se pareciese á su padre, para que el día de mañana pudiese fundar un hogar feliz. Las amarguras pasadas empezaban á dulcificarse, y la energía casi agotada renacía de nuevo; volvía para cumplir con su deber, que es lo único que proporciona una felicidad sin límites.

MARIA DE PERALES.



Ayuntamiento de Madrid



EL SECRETO

CONCLUSION

- T. ¡Qué inocente!
- M. Yo te juro...
- T. ¡Calla, calla!
- Por muy lista que te creas, lo que es á mí no me engañas.
- M. Pues si no quieres creerme haz lo que te dé la gana.
- T. ¿Qué he de creer, trapisonda? Tú has dicho: pues él se calla, yo le haré ver que conozco su secreto á ver si charla.
- M. ¿Tu secreto?
- T. Mi secreto.
- Bien sabe Dios que me pasana que hayas podido oler algo...
- M. ¿Pero á qué viene esa guasa?
- T. ¿Guasa, eh? Pues acabemos. Si que estás bien enterada.
- Es cierto; voy á ser rico.
- M. ¿También tú?
- T. ¿Sigue la chanza?
- Tu riqueza era un pretexto para que yo declarara la mía, y ya la declaro, por lo tanto no hace falta que finjas tú más embustes.
- M. ¡Ea, que ya se me acaba la paciencia! ¿Yo embustera? Eso sí que no lo aguanta la hija de mi madre.
- T. ¡Vamos!
- La riqueza que me aguarda es tan cierta como estamos aquí viéndonos las caras.
- T. Cierta ¿ch?
- M. Y puedo probarlo

porque aquí tengo las cartas.
(Señalando al bolsillo)
 Tú no has oído hablar nunca
 de un don Baltasar de Tapia
 que vivía en las Américas?
 T. ¿También sobre eso? Acaba.
 M. Pues era mi tío.
 T. Y de'e
 con las indirectas. ¡Basta
 de bullas! Ese que dices
 era mi tío.
 M. Las ganas!
 T. Eso, como tú decías,
 puedo probarlo con cartas
 M. ¿Habías en serio?
 T. Y tan serio.
 M. Será así.
 T. Las cosas claras;
 don Baltasar es mi tío,
 es decir, era, pues falta
 que sepas que ha fallecido.
 M. ¡Noticia fresca! Faltaba
 que lo ignorase yo, siendo
 su heredera.
 T. ¿Tú? Naranjas
 de la China.
 M. Su heredera
 he dicho.
 T. ¿En eso fu...dabas
 tu esperanza de ser rica?
 Pues hija, siento quitártela,
 aquí no hay más heredero
 que yo.
 M. ¡Virgen soberana,
 qué ilusiones!
 T. ¿Ilusiones?
 M. ¡Ilusiones, papanatas!
*(Saca del bolsillo un paquete de
 cartas.)*
 Mira, para que te enteres;
 mira aquí en letra bien clara:
*(Leyendo y enseñando la carta
 á Tararira.)*
 "y siendo usted su heredera,
 pronto será propietaria
 de su cuantiosa fortuna."
 T. ¡Mariblanca! ¡Mariblanca!
 M. ¿Qué te sucede?
 T. *(Muy alterado.)* ¿Quién firma
 esa carta?
 M. He prometido
 guardar secreto...

T. *(Sacando de su bolsillo otra
 carta y enseñándosela á Mari-
 blanca.)* Compara.
 M. La misma letra.
 T. ¡La misma!
 Y lo que es más: las palabras.
(Leyendo.)
 "y siendo usted su heredero"
 M. De modo que, por las trazas,
 heredaremos á medias,
 y así mi Juan y tu Juana
 podrán casarse.
 T. Eso pienso
 M. Y todo se queda en casa
 T. Bien callado lo tenías.
 M. También tú te lo callabas
 y despreciabas al chico.
 T. Pues como tú á la muchacha.
(Una voz dentro.)
 ¡Tío Tararira!
 T. El cartero.
 Allá voy. ¿Qué, tengo carta?
(La voz.) El periódico.
*(Tararira se acerca al bastidor
 y coge el periódico.)*
 T. ¿Canastos!
 M. ¿Qué ocurre?
 T. Que así, con faja
 y todo, y sin desdoblarlo,
 he visto aquí unas palabras
 que me han saltado á los ojos.
 Aquí habla de don Juan Rana.
 M. ¿Don Juan Rana? Si es mi
 [agente.
 T. Y el mío. ¡Cielos! ¡Estafa!
(Leyendo en el periódico.)
 M. ¿Qué dices?
 T. Pues que está preso.
 El pillo se dedicaba
 á engañar á los incautos,
 fingiendo que gestionaba
 herencias.
 M. ¡Ay, Dios bendito!
 ¡mis cien pesetas de mi alma!
 T. ¿Tú le diste cien pesetas?
 M. Sí. *(Llorando.)*
 T. Pues yo le dí otras tantas.
 M. Ya mi Juan vuelve á ser pobre.
 T. Ya es pobre otra vez mi Juana.
 Adios, voy á coger leña.
 M. ¡Adiós, voy á traer agua!



RELATOS DE CAZA

LA MALDICION

Regresaba el barón á su castillo rodeado de sus amigos y monteros, cuando una mendiga, saliendo á su encuentro, pidióle que la permitiera pasar la noche bajo techado aunque fuera en una pocilga. El noble señor no accedió á su súplica y la mandó que se quitara del camino si no quería que lanzara sobre ella las jaurías, y entonces la pobre mujer, desesperada y sollozando, exclamó:

—¡Por los lobos sea muerto tu hijo...!

—No pases pena, distinguida señora—la contestó el barón en son de burla.—En los contornos no hay más que un lobo, el último de todos.

—¡Pues sea el único lobo para tu único hijo!—agregó la mujer desapareciendo entre los espesos matorrales.

Celebróse el incidente con risas, y aun durante la cena, que fué verdaderamente regia, mencionóse entre libación y libación; pero es lo cierto que al día siguiente, en cuanto el barón se levantó, dió orden de que se activara la persecución del maldito lobo, ofreciendo un buen premio á quien se lo presentara. En seguida fué en busca de su hijo, hermoso niño de doce años, en quien tenía puestos sus amores, y dispuso las cosas de manera que el tierno infante no se apartara nunca de su lado. Los monteros vieron al lobo varias ve-

ces sin que pudieran matarlo ni aprisionarlo; pero, como pasados unos días, el barón se olvidara de la maldición, dejaron de perseguirle y se dedicaron á más sabrosos menesteres.

Transcurrieron tres meses, y en una hermosa tarde de invierno salió el barón á probar un magnífico halcón que le había regalado un amigo. Le acompañaba su hijo, y los dos, montados en hermosos caballos, pasearon por los senderos del bosque. Llegados á una plazoleta y convidados del suave y verde césped y del sol que inundaba el espacio, libre de las sombrías frondas, descabalgaron y se sentaron al pie de unas rocas. Durante un buen rato el padre estuvo explicando á su hijo la manera de adiestrar los halcones, ya que el arte de la cetrería era tan necesario al buen caballero como el de esgrimir bien la tajante espada y el de enristrar la pesada lanza. Antes de leván-



tarse de tan ameno lugar mandó el barón á su hijo que trajera una poca agua de una fuente de las cercanías que entre rústicas y retorcidas encinas nacía. Hízolo así el mancebo; pero como transcurriera más tiempo del conveniente sin que regresara, llamólo el angustiado padre temiéndose alguna desgracia. Sus voces no obtuvieron respuesta, y entonces se llegó corriendo á la fuente, junto á la cual vió á su hijo tendido mientras que un disforme y parduzco lobo desaparecía entre las encinas.

—¡ La maldición...! —rugió el barón al mismo tiempo que se arrojaba sobre el exánime cuerpo del desventurado doncel..

José A. LUENGO.

Ayuntamiento de Madrid

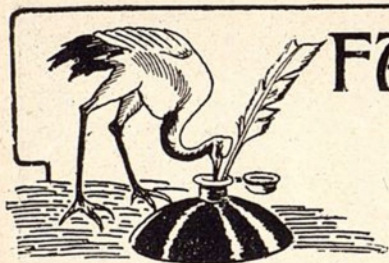


EL GENERAL HOCHE

Hoche, el famoso general francés, tenía las cualidades propias de los grandes capitanes: valor, energía y reflexión. Era, además, un corazón generoso, que, inflexible en cuestiones de disciplina, sabía mostrarse alegre y confiado en el campo de batalla. Se cuenta de él que una vez,

cuando la artillería enemiga apuntaba á las tropas de su mando, gritó: "¡Camaradas...! Subasto esos cañones... A 600 libras cada pieza..." "¡Adjudicadas!", le contestaron los soldados atacando con decisión. Fue una victoria. Y después el general cumplió su promesa.

Ayuntamiento de Madrid



FABULAS ESCOGIDAS

EL ASNO RESUCITADO

De un algarrobo debajo,
donde el sucio escarabajo
y el pesado caracol
sobre un montón de basura
gozaban de la fresca ra
mientras abrazaba el sol,
se vió remover la tierra,
que medio há que encierra
(si es que la historia es veraz)
como en embalsamamiento,
el cadáver de un jumento
descansando en dulce paz.

Y de su seno profundo
salir bueno y sano al mundo,
rebuznando con placer
y tirando al aire coces,
esperando nuevos goces
sobre la tierra tener.

Como quien torna de un sueño
ya de sus acciones dueño,
vuélvese en su derredor,
mira á lo lejos la aldea,
trota, galopa y desea
ver las prendas de su amor.

Volando los campos pasa,
llega al pueblo, ve su casa,
y corre al punto al corral,
más veloz que galgo ó liebre,
y reconoce el pesebre,
la cincha, el bozo, el ronzal.

Ve salir una asna parda,
y ve ponerla una albarda,

ve cargarla sin temor
muchos quintales de encina,
y que con pena camina
de los palos al rigor.

“¡Oh—dijo el pobre pollino.—
Muy duro es aún el destino
de nuestra especie en verdad;
en tantos años de ausencia,
hallo la misma paciencia,
igual á la otra esta edad.

”Y comprendo que bien guard
el hombre al asno la albarda;
medio siglo há que salí
del corral que vió mi cuna,
y no encuentro más fortuna
que la que perdí al morir.

”Ya que por todo regalo
he de tener hambre y palo,
y nunca libre he de ser,
porque, de ignorancia lleno,
no sacude el asno el freno,
al hoyo quiero volver.”

Y el pobre en morir se empeña
corre al monte, se despeña,
y á una honda profundidad
se arroja, diciendo: “A fe
que en esta tierra hallaré
la soñada libertad”.

Quién, si analiza este cuento,
no ve algo más que un jumento,
no ve al pueblo y al poder,
que no aprende con los años,
y llorando desengaños,
son hoy lo mismo que ayer.

EL BARÓN DE ANDILLA.



LAS BONDADDES DE NINI

XL

El día del santo de mi mamá me divertí la mar. Yo salí del colegio muy tempranito con uno de mis abuelos, y fuimos hablando.

—¡Está muy bien, Niní! ¡está muy bien! A mí no me quieres...

—¿Que no te quiero? ¡Anda, ya lo creo que te quiero, y mucho!

—Pues no se conoce.

—¿Por qué?

—Porque no me haces el gorro. A todos les haces labores menos á mí. Ya ves el gorro del otro abuelo, ¡una preciosidad! Ya ves la alfombra de tu mamá... ¡una maravilla!

—¡Ay, abuelín! Pues yo no sé cómo arreglarme. ¡Si no tengo tiempo!

—Es verdad, que todas las *bondades* que llevas á efecto te ocuparán muchísimo.

—Oye, abuelito: tú debías comprarme algún juguete ahora.

—¡Hombre! Y ¿por qué?

—Pues por el gorro que te voy á hacer.

—Cuando tú me hagas el gorro, yo te regalaré el juguete.

—No, ahora; ¡anda, rico, precioso, que te quiero mucho y te voy á hacer una preciosidad de gorro!

Y le convencí, sí, señores, le convencí; y me entró en un bazar; miramos todos los juguetes, y yo no sabía cuál escoger. Por fin, me gustó una cosa muy chistosa; era una caja que parecía un baúl con correas y llave y todo; pero se apretaba un tornillo, se levantaba de repente la tapa y salían un hombre y una mujer muy raros pegándose de cachetes, y cuando se acababa la cuerda, ¡cataplún! volvían á meterse dentro.

Ayuntamiento de Madrid

—; Qué risa, abuelo, cuánto me gusta y qué susto se van á llevar Piluca y su hermano si van hoy á casa!

Llegamos á casa, y papá y mamá me dieron muchísimos besos, y el otro abuelín también. Y les hizo la mar de gracia el juguete. Mamá se quedó entusiasmadísima con la alfombra y la colocó en seguida junto á su cama. Y me dijo:

—Como en seguida rompes los juguetes y además estás en el colegio en vez de comprarte algo te voy á dar dos duros en premio á tu regalo.

—¿Dos duros?—dije abriendo mucho los ojos.

—Sí; tómalos.

—¿Para que haga lo que quiera?

—Lo que quieras.

—¿Me dejas salir con la muchacha á comprar cosas?

—Sí, pero con mucho cuidadito.

Salí con una de las muchachas, y yo iba la mar de contenta; ella me preguntaba que dónde iba y yo la decía que á una tienda que había visto al pasar con el abuelo, á comprar una cosa de comer que me gusta a mí mucho y que nunca me la dejan tomar. Al fin llegamos á la tienda y pedí:

—; Dos duros de castañas pilongas!

Me dieron un paquete atroz; ;qué baratas deben ser las castañas pilongas! La tonta de la muchacha no me dejaba comer.

—Señorita Niní—decía,—que la van á hacer daño.

—; Déjame en paz!

—Su mamá me va á regañar.

—Pues te aguantas.

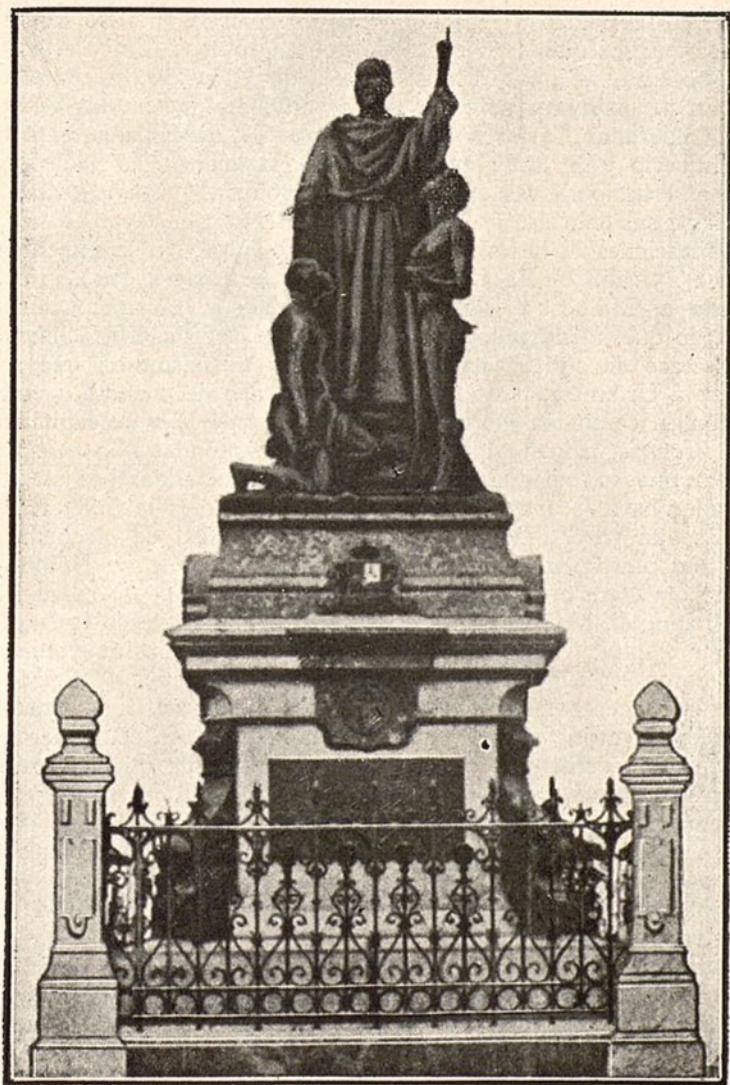
Yo decía todo esto, pero no dejaba por eso de comer castañas pilongas. Me daba mucha prisa, porque bien sabía yo que mis papás no me dejaban comerlas. Así es que me comí casi medio paquete antes de llegar á casa, y luego la dí lo demás á la muchacha para que me lo guardase hasta que llegasen Piluca y su hermano.

Cuando entré en casa, había la mar de visitas y todas me dijeron: —; Qué preciosa estás, Niní!

M.^a ATOCHA OSSORIO Y GALLAR



Ayuntamiento de Madrid



ESPAÑOLFS "USTRES

ANDRES DE URDANETA

En la primera mitad del siglo XVI tuvo España hombres grandes en todas las actividades de entonces. Si en Salamanca brillaban los sabios, en los campos de Flandes, Italia, Africa y Grecia descolaban guerreros insign-s é inmortales á quienes nada tenían que

Ayuntamiento de Madrid

envidiar los marinos que hacian y modificaban la ruta de Colón ó que surcaban los mares en busca de nuevos rumbos. Entre estos últimos sobresalió el guipuzcoano Andrés de Urdaneta, de excelente cuna. En los primeros años de su juventud anduvo en las guerras que el emperador Carlos V de Alemania y I de España mantenía en el Imperio y en Italia, y estando en esta nación se dedicó con ahinco al estudio de las matemáticas, astrología y cosmografía, en que hallaba sus delicias.

Tales aficiones le llevaron á solicitar un puesto en la expedición que en 1525 salió de La Coruña al mando de Loaysa con el fin de descubrir las Molucas é islas de la Especería por la demarcación de Castilla, lo que, atendiendo á sus estudios, se le concedió fácilmente. Las tristezas de aquella navegación antes entusiasmaron que acobardaron á Urdaneta, tanto que, cuando al cabo de once años volvió á España en compañía del inmortal Sebastián de Elcano, capitán de la nao *Victoria*, primera que dió la vuelta al mundo, sólo pensó en organizar nuevas expediciones, que no fueron atendidas por estar el Emperador harto ocupado en las guerras de Túnez y la Goleta.

De España pasó á Méjico, en donde á la edad de cincuenta y cuatro años entró en la orden Agustina; pero el rey D. Felipe II, sabiendo que "era el mayor hombre que en su tiempo se hallaba en el arte náutico", le escribió una carta ordenándole que se encargara de dirigir la expedición que se había de hacer á las islas de Poniente.

Respetaron los superiores de su instituto las órdenes de S. M., y teniendo en cuenta las aficiones, talentos é ilustración náutica del P. Andrés, le otorgaron el permiso y le dieron por compañeros á otros tres religiosos, con los que pasó á la armada que, al mando del famoso Legaspi, partió del puerto de la Navidad en 1564.

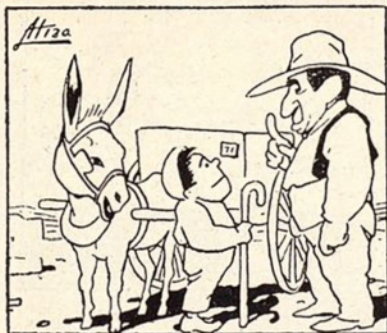
El primer puerto que visitaron de las islas Filipinas lo fué el de Cebú, en el que hicieron fondo el 27 de Abril de 1565, después de haber soportado los rigores de una travesía llena de peligros y de inolvidables sucesos y el que abandonaron antes de acabado el año para volver á Méjico.

De esta última ciudad se trasladó á España con el fin de informar al rey del descubrimiento y conquista del Archipiélago, y al cabo de algunos días de descanso en Valladolid, donde á la sazón estaba la corte, se hizo á la vela para Méjico, donde murió lleno de méritos y virtudes el año 1568, á los setenta años de edad.

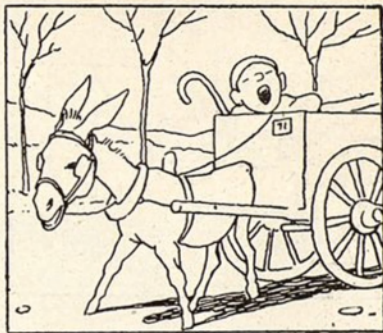
Las reseñas de sus viajes son hoy tenidas por tesoros geográficos de indiscutible valor, y ellas fueron: *El parecer que dió sobre la demarcación del Maluco é islas Filipinas*, *Relación del viaje á Filipinas que dió á S. M. Felipe II*, *Relación del viaje del comendador Loaysa y sus Cartas al rey Felipe*; mas lo que mayor estima ha merecido es la *Tabla geográfica del mar del Sur, con todos los viajes y rumbos descubiertos hasta entonces*.

ENRIQUE PACHECO Y DE LEYVA.

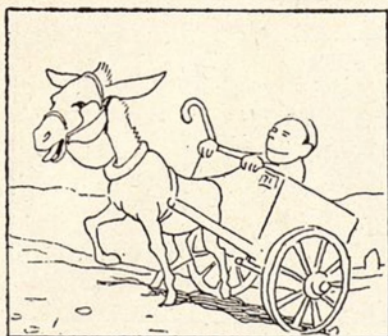
EL ENCARGUITO



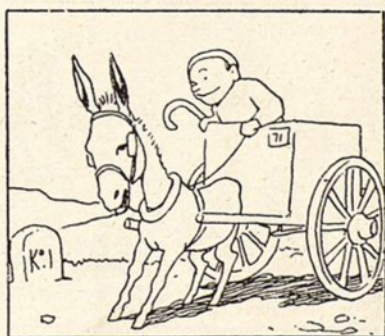
Llamó el tío Antón á Toñuelo para que fuese á Pozuelo.



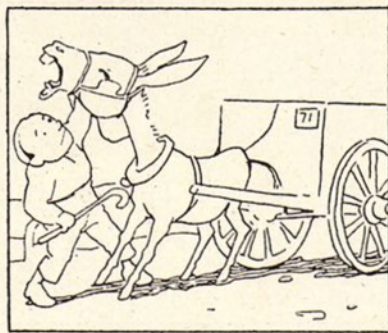
Y allá marchó en su carrito para hacer el encarguito.



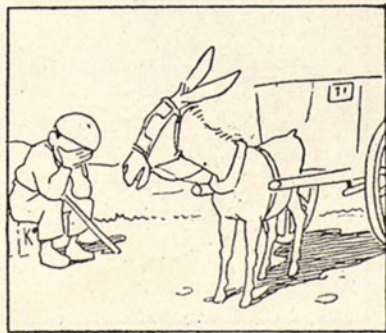
Por baches y por pendientes corrió sin inconvenientes.



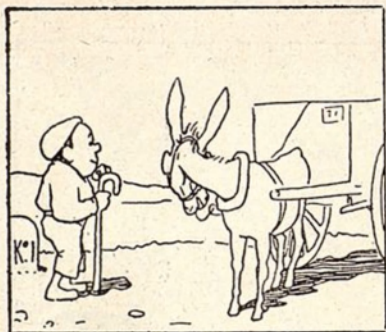
Mas de pronto, junto á un canto, el burro dijo: "¡me planto!"



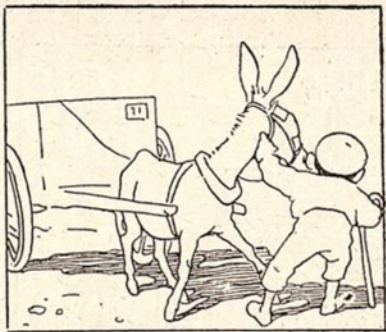
No halló Toñuelo manera de que de allí se moviera.



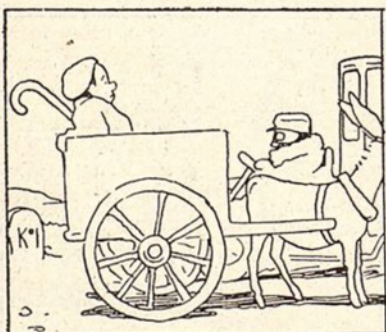
Y triste y desconsolado, se lamentó de su estado.



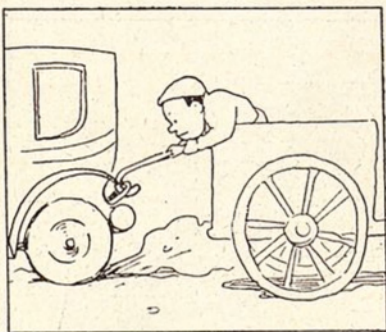
De un automóvil el ruido
le puso en pie decidido.



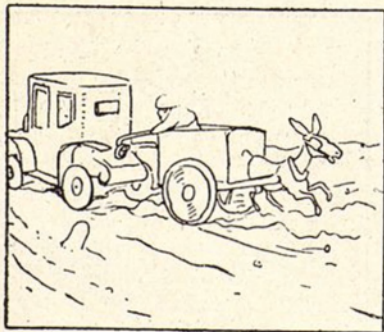
Y con voluntad resuelta,
al carro dió media vuelta.!



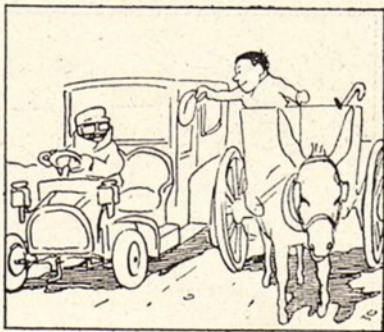
Así esperó, casi inmóvil,
el cruce del automóvil.



Y á la trasera enganchado,
corrió como un condenado.



De esta manera en un vuelo
pudo llegar á Pozuelo.



Se despidió agradecido
y el otro extraño el cumplido.